

CARMEN CONDE, ANTONIO OLIVER Y MIGUEL HERNÁNDEZ A TRAVÉS DE UNOS TEXTOS INÉDITOS Y OTROS OLVIDADOS

FRANCISCO J. DÍEZ DE REVENGA
MARIANO DE PACO

RESUMEN:

Se analiza en este trabajo la amistad entre Carmen Conde, Antonio Oliver y Miguel Hernández, a través de textos inéditos y olvidados, escritos por los poetas de Cartagena en distintos momentos de sus vidas y en los que manifiestan una indeleble admiración hacia el poeta de Orihuela.

PALABRAS CLAVES:

Miguel Hernández, Carmen Conde, Antonio Oliver, Francisco Cano Pato, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Miguel Valdivieso, amistad, Orihuela, Cartagena, Universidad Popular de Cartagena.

ABSTRACT:

The friendship between Carmen Conde, Antonio Oliver and Miguel Hernández is analysed in this paper, through unpublished and forgotten texts, written by the poets from Cartagena at different times of their lives. In these texts they express an indelible admiration for the Orihuela poet.

KEY WORDS:

Miguel Hernández, Carmen Conde, Antonio Oliver, Francisco Cano Pato, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Miguel Valdivieso, friendship, Orihuela, Cartagena, Universidad Popular de Cartagena.

En la ponencia presentada por F. J. Díez de Revenga en el Curso Internacional sobre «Miguel Hernández ante su centenario», recogida en el volumen *Un cósmico temblor de escalofríos. Estudios sobre Miguel Hernández*,¹ se dio cuenta de un homenaje que en los años setenta llevaron a cabo María de Gracia Ifach y Manuel García, en el que recogieron un buen número de poemas de diversos poetas españoles de Posguerra. En efecto, en 1975, la editorial Plaza & Janés de Barcelona publicó un volumen hoy muy olvidado en el que, con el título de *Homenaje a Miguel Hernández*,² se recogían numerosos poemas de autores de los años cincuenta y sesenta, dedicados a Miguel Hernández. Sin duda, como suele ocurrir en los homenajes de este tipo, hay poemas de todos los gustos y para todos los gustos, algunos más acertados, otros menos, desde el punto de vista poético y estético, pero interesantes todos por la firma de sus autores, y también porque todos y cada uno de ellos muestran un gesto de simpatía y de solidaridad hacia el poeta muerto en plena juventud que debe destacarse en todos los casos.

Los editores del volumen, María de Gracia Ifach, seudónimo de la escritora levantina Josefina Escolano, estudiosa reconocida de Miguel Hernández, a través de varias monografías, y Manuel García García, explican en los textos que abren esta antología de homenajes a Miguel, las circunstancias que han hecho que se decidan a recoger numerosas composiciones procedentes de los más diversos poetas y también en las más diversas fuentes: ediciones de obras completas, libros, revistas, etc. Lo que está claro, y así lo avisan en la nota editorial los coordinadores del volumen, es que tuvieron que hacer una selección entre más de cien composiciones. Por todo lo cual podemos asegurar que la selección es absolutamente excepcional, y así lo es porque en ella figuran poetas como Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Lauro Olmo, entre otros muchos.

Carmen Conde, amiga de Miguel Hernández en los años de la Universidad Popular de Cartagena, por su parte, está representada en la antología con su poema «Toro en Guadarrama», perteneciente a su libro *Mi fin en el viento*, de 1947. El poema, que no trata directamente del poeta de Orihuela, como en los restantes casos de las composiciones recogidas, sí aparece dedicado «Al poeta Miguel Hernández, desde la vida, donde fuimos amigos», y, en sus versos, la autora se conmueve ante la vista de un toro en el campo de la sierra de Guadarrama.

Sin duda, la relación con Miguel está justificada, dado que el poeta de Orihuela fue uno de los más originales poetas taurinos del siglo XX, sobre todo a través de algunos sonetos magistrales de su libro *El rayo que no cesa* y otros poemas de esos

¹ «Miguel Hernández y los poetas españoles de Posguerra», *Un cósmico temblor de escalofríos. Estudios sobre Miguel Hernández*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, Murcia, Fundación Cajamurcia, 2010, págs. 157-176.

² *Homenaje a Miguel Hernández*, edición de María de Gracia Ifach y Manuel García García, Barcelona, Plaza & Janés, 1975.

años, inmediatamente anteriores a la Guerra de España. Escrito el poema de Carmen Conde en alejandrinos blancos, se trata de una excelente representación del toro, mítico y salvaje, viviendo la naturaleza de la soberbia sierra próxima.

Pero Carmen Conde dedicó otros varios poemas a Miguel Hernández, evocando su figura y recordando detalles de la relación que entre ambos existió. En su *Poesía completa*³ se recogen en total hasta seis poemas de distinta extensión y textura y de diferentes momentos, que tienen como protagonista al poeta de Orihuela, de acuerdo con la siguiente relación:

«Toro en Guadarrama», [Al poeta Miguel Hernández Giner, desde la vida donde fuimos amigos], *Mi fin en el viento*, *Poesía completa*, págs. 234-235.

«Elegía», [21 febrero 1955, Madrid], *Humanas escrituras*, *Poesía completa*, págs. 662-664.

«A Miguel», *Corrosión*, *Poesía completa*, págs. 774-776.

«Miguel», [22.1.77], *El tiempo es un río lentísimo de fuego*, *Poesía completa*, págs. 876-877.

«“Dejadme la esperanza...” Miguel Hernández», *Desde nunca*, *Poesía completa*, pág. 1033.

«Crónica breve para una ausencia», [Madrid, 21-XI-69], *Del obligado dolor*, *Poesía completa*, págs. 1075-1078.

A esta relación, podemos añadir un poema en prosa escrito en 1942, titulado «Miguel», mecanoscrito con anotaciones a mano, en las que se indica el lugar y la fecha de composición: «Castilla, en el año de su muerte 1942», que posiblemente sea inédito. El texto se conserva en el archivo del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena,⁴ y su texto es el siguiente:

MIGUEL: ¡qué joven eras con tus ojos azules y fanáticos, con tu cara de tierra fresca sin arar, y tus dientes fríos de blancor, y aquella risa del mar mío que subía por todo tú y te retemblaba en los brazos!

MIGUEL: ¡qué pena tan negra, tan de las raíces, me da que te hayas muerto en esa ciudad donde han cambiado con rencor tu vida por otra vida joven que nosotros no matamos!

MIGUEL: me parecía que eras mi hijo más noble, mi amigo más alegre, mi hermano más joven, la mano que más limpia cogió mi mano, los ojos azules más

³ Carmen Conde, *Poesía completa*, edición y prólogo de Emilio Miró, Madrid, Castalia, 2007.

⁴ Agradecemos a Caridad Fernández y a Isabel Ortuño Bernal, del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena, su colaboración en la localización de estos textos y de las fotografías que ilustran este trabajo, así como a su Director el Dr. Cayetano Tornel Cobacho las facilidades que nos han permitido su reproducción.

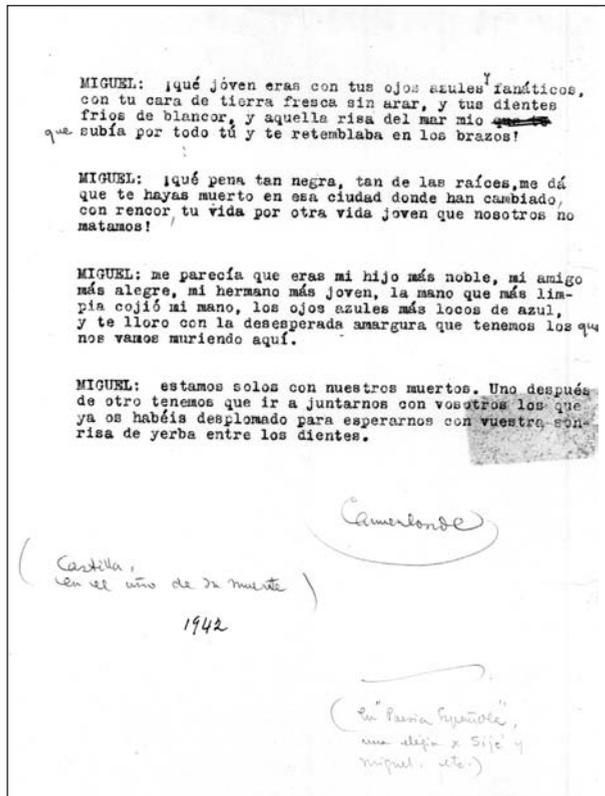
locos de azul, y te lloro con la desesperada amargura que tenemos los que nos vamos muriendo aquí.

MIGUEL: estamos solos con nuestros muertos. Uno después de otro tenemos que ir a juntarnos con vosotros los que ya os habéis desplomado para esperarnos con vuestra sonrisa de yerba entre los dientes.

Carmen Conde

(Castilla,
En el año de su muerte)
1942

(En «Poesía Española» una elegía x Sijé y Miguel y otros)



Mecanoscrito del poema inédito de Carmen Conde sobre Miguel Hernández (1942).

Inevitablemente, hemos de poner este poema en relación con el escrito por Antonio Oliver Belmás, también en 1942, tras la muerte del poeta, y que recogen María de Gracia Ifach y Manuel García en el citado *Homenaje* de 1975, un soneto,

integrado en el *Libro de loas*, y recogido de sus obras completas,⁵ titulado «En la muerte de Miguel Hernández, poeta de *Perito en lunas*», fechado en 1942. Se trata también de un texto muy emotivo, en el que se recrea al personaje, junto a Gabriel Miró, en el paisaje de su Orihuela natal:

Esta forma yacente es de un hermano;
de un amigo de amor y de terneza;
de un poeta campestre y oriolano
que volaba, torcaz, por la Belleza.

Gabriel Miró la lleva hasta el Arcano
por Elíseos de sombra y de grandeza.
Vista de luto el verso castellano
y las campanas doblen en Oleza.

Miguel, Miguel: ardiente levantino.
Ahora que el llanto silencioso brota
sobre tu tumba pongo este divino

dolor que se conmueve y me derrota.
Este ramo de murta que destino
a coronar tu frente de patriota.

En el legado de Carmen Conde y Antonio Oliver hay manuscritos pertenecientes a otros escritores, algunos sumamente curiosos. Sin salir del año 1942, hemos de citar dos poemas en torno a Miguel Hernández, que como sabemos murió el día 28 de marzo de aquel año en el Reformatorio de Adultos de Alicante. Uno de ellos está firmado con sus iniciales por el poeta murciano Francisco Cano Pato (1918-1977), tal como se indica con letra de Carmen Conde que desvela tales iniciales. Se titula «Ofrenda de la Academia de la Murta a Miguel Hernández». Esta Academia estaba formada por un grupo de intelectuales que se reunían en Murcia en los primeros años cuarenta, entre los que estaba Antonio Oliver Belmás. Debieron de rendir un homenaje íntimo, que, por razones obvias, no trascendió, a Miguel Hernández, posiblemente, junto a los escritores oriolanos que ahora citaremos, en las orillas del río Segura, en Orihuela. El poema es totalmente desconocido, ya que no figura en las *Poesías completas* de Cano Pato,⁶ y, hasta donde sabemos, quizá sea inédito:

⁵ Antonio Oliver Belmás, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1971, págs. 359-360. En su libro *Guardado llanto*, figura otro poema dedicado al poeta de Orihuela, titulado «A Miguel de Oleza», fechado en Murcia, en 1942. *Obras completas*, pág. 195.

⁶ Francisco Cano Pato, *La palabra encendida. Poesías completas*, edición de Mariano Baquero Goyanes, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1977. Ver Francisco Javier Díez de Revenga-

Ay, la pena que tizna lo que toca
y el cuchillo afilado que nos hiere,
a este grupo de amigos que te quiere
para hablar su dolor les falta boca.

Y les duele el aliento, y vendavales
sonoros en sus pechos hacen nido
al quedarse sin ti, que al cielo has ido
entre nubes de versos inmortales.

Labrador de más aire, por la altura
te sembraste a ti mismo con empeño
que el mundo, como surco era pequeño
para guardar, intacta, tu hermosura.

Perito en lunas, por el rayo herido,
tu alma –silbo de luz– a Dios has dado,
y un eco de tu voz nos has dejado
que imposible ha de hacer siempre tu olvido.

Como en tu obra dijiste tu elegía
y hoy el verso español está de luto,
la Academia te rinde su tributo
comulgando, Miguel, con tu armonía.

Aunque el poema no es muy inspirado y se ve movido por el juvenil entusiasmo de lector de la obra de Hernández, cuyos títulos glosa y paladea en sus versos, su interés documental es indudable.

Como lo es el del otro poema, un soneto de Dictinio de Castillo-Elejabeytia, como se indica con letra de Carmen Conde en el manuscrito. Castillo-Elejabeytia (1906-1987), nacido en Ferrol, fue Marino de Guerra, Licenciado en Derecho y, depurado tras la Guerra de España, perdió su empleo militar, se licenció en Filosofía y Letras y dio clases de Filología Gallego-Portuguesa en los años de la Posguerra en la Universidad de Murcia, ciudad en la que vivió hasta que marchó, en 1953, a Alemania, como profesor de Español en la Universidad de Würzburg. Pero quedó vinculado a Murcia de donde eran su mujer y sus cinco hijos.⁷ Y en Murcia moriría en 1987. En los años cuarenta frecuentaba las tertulias de intelectuales y forma-

Mariano de Paco, *Historia de la Literatura Murciana*, Murcia, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio-Editora Regional, 1989, págs. 413-414.

⁷ Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la Literatura Murciana*, págs. 421-422.

ba parte de los grupos poéticos, como el de «Azarbe», más avanzados de aquella España recluida. Debió de acudir, quizá con los de la Academia de la Murta, al homenaje a Miguel que llevaron a cabo en Orihuela, al que también asistió Antonio Oliver. El manuscrito, de puño y letra de Antonio Oliver, está fechado el 25-4-42, y al pie se indica: «Leído al día siguiente en Oleza por su autor (D del C) frente al ciprés del río». Su título es «A M. H.». Este poema no es inédito, ya que lo dio a conocer, en *El Eco Hernandiano*, María Martínez, que lo había hallado en el archivo de Ramón y de Gabriel Sijé. Tal como indica esta investigadora, en efecto, hubo un homenaje junto al río Segura, en el que participaron «otros intelectuales de la época, como Carlos Fenoll, Gabriel Sijé y Antonio García-Molina». La anotación de Antonio Oliver y la fecha, que nos permite datar el homenaje en Oleza el día 26 de abril de 1942, sí son inéditas: ⁸

Durmióse tu canción de primavera
frente al latino mar, cuyo lamento
colmó de caracolas y de viento
el planto funeral de la ribera.

La fronda de la almunia limonera
y el río que a tu infancia dio su acento
hoy elevan el claro monumento
que te ofrece mi cítara ligera.
Oh, alado Paladín de la Poesía,
quebrada en plenitud de ruiseñores
fue tu fugaz iniciación de un día.

Reciba tu memoria mis loores
y esta amorosa soledad umbría
de mis aves, mis versos y mis flores.

En relación con este grupo de escritores, es interesante también rescatar un poema de Miguel Valdivieso, dedicado a Miguel Hernández, titulado «Hortelano de Orihuela» y recogido en su libro *Sino a quien conmigo va*, en su *Obra completa*, editada por Jorge Guillén: ⁹

Yo también soy Miguel, pero no Hernández.
Ni hortelano de mieles y de abejas.

⁸ María Martínez, «Dictinio de Castillo-Elejabeytia», *El Eco Hernandiano*, número 21, septiembre, 2006.

⁹ Miguel Valdivieso, *Obra completa*, prólogo de Jorge Guillén, Carboneras, Cuenca, El Toro de Barro, 1968, págs. 150-151.

Soy Miguel fatigado de mi traje
y el peso de la tierra.

Tuve lo que tuviste, lo que tiene
el aire de Levante de promesa.
Dije que sí a la vida y a la muerte,
sin pedirles respuestas.

Hice lo que se hace cuando el mundo
no es una cosa eternamente nuestra.
He bebido en tu luz, mordí tu fruto,
y he plantado en tu huerta.

Tú caíste ligero de tus alas,
llevando entre las manos la cabeza
herida por el techo de la casa
y los muebles de arena.

Dios te ampare, Miguel, Dios nos ampare
al calcular la suma del planeta:
Tú, más Dios, más el toro, más el ángel.
He perdido la cuenta.
Sueña por fin divinamente solo,
claro Miguel del libro y la palmera.
Miguel de la hortaliza sobre el hombro
y en las manos la idea.

El poeta Miguel Valdivieso Belmás ¹⁰ nació en Mazarrón (Murcia), el 14 de marzo de 1893. Era primo de Antonio Oliver. Siendo niño, su familia se trasladó a Cartagena. Fue funcionario de Correos destinado en Lugo y Orihuela brevemente y en Murcia a partir de 1920 hasta que, tras finalizar la Guerra de España, en agosto de 1940, fue deportado a Tarancón. En 1949 se trasladó a Cuenca. En Murcia en los años veinte participó en todas las empresas literarias de la joven literatura del momento. Con Jorge Guillén entabló una entrañable amistad, correspondida por el poeta muchos años después, cuando le prologó la edición de sus poesías completas, en 1968. Colaboró en las revistas de la época, especialmente en *Sudeste*. En Cuenca, en 1955, fundó, junto a Eduardo de la Rica, Andrés Vaca Page y Amable Cuenca, la revista *El Molino de Papel*, que permaneció hasta 1967. ¹¹ En esta revista, que publi-

¹⁰ Recuperamos estos datos de Francisco Javier Díez de Revenga, «Miguel Valdivieso escribe sobre Salinas y Guillén», *Murgetana*, 116, 2007, pág. 151-158.

¹¹ Existe una edición facsímil de la revista *El Molino de Papel*, a cargo de Hilario Priego Sánchez-Morate y José Antonio Silva Herranz, Cuenca, Diputación de Cuenca, 1997.

có 49 números, Valdivieso dio a conocer más de cuarenta poemas, ya que sus colaboraciones aparecían en casi todas las entregas. Salvo algunas excepciones, todos figuran ahora en su *Obra completa*.

También colaboró en *Monteagudo*, con poemas dedicados a Góngora (1960) y Lope de Vega (1961). En 1960, una vez jubilado, se trasladó a vivir a Madrid. Murió en Madrid, el 21 de septiembre de 1966. No quiso publicar en vida ningún libro de poemas, de manera que toda su poesía vio la luz, en 1968, en la edición de su *Obra completa*.¹² Influido por Rubén Darío, en un principio, mostró en los años veinte su predilección, como tantos otros de su tiempo, hacia los clásicos del Siglo de Oro. Tras la Guerra de España, su poesía se ve más influida por Antonio Machado, Unamuno, Miguel Hernández y, sobre todo, Jorge Guillén, tanto el de *Cántico* como el de *Clamor*.

Respecto a la pertenencia o no de Valdivieso a la generación del 27 en su concepto más amplio, corre la misma suerte que su primo el poeta Antonio Oliver Belmás. Ya Luis Jiménez Martos¹³ los incluyó, en 1977, en este gran grupo poético en un artículo conmemorativo de los cincuenta años de 1927, junto a otros poetas «menores». Para ello tuvo en cuenta, posiblemente, la mención que de ellos hace Jorge Guillén, en el artículo de *Lenguaje y poesía*, «Lenguaje de poema: una generación».¹⁴ Más recientemente, Víctor García de la Concha también los incluirá a ambos en la versión más amplia de tal grupo poético al realizar su antología para la colección Austral, en 1998.¹⁵

De cinco libros se compone la obra poética de Valdivieso: *Destrucción de la luz*, en el que el poeta manifiesta su aversión a un mundo sin autenticidad, sin verdad, un mundo en el que la luz de la razón se destruye irremediabilmente, y en el que están presentes la muerte, el paso del tiempo, la esencia del hombre, la soledad, la preocupación por España; *Sino a quien conmigo va*, en el que se da cuenta de las preferencias literarias, artísticas y espirituales del poeta, que refleja su admiración hacia aquellos que siempre le acompañan; *Números cantan*, glosa de los objetos que pueblan la vida cotidiana, encuadrados en un entorno y en un paisaje familiar; *Los alrededores*, con evocaciones entusiastas del paisaje de Cuenca y de Madrid, correspondiente a la última etapa de su vida; y *Formas de luz*, en el que los temas funda-

¹² Miguel Valdivieso, *Obra completa*, citada.

¹³ Luis Jiménez Martos, «Valdivieso, Laffón, Oliver y algunos otros poetas de los años veinte», *La Estafeta Literaria*, 618-619, 1977.

¹⁴ Jorge Guillén, en el artículo de *Lenguaje y poesía*, «Lenguaje de poema: una generación», Madrid, Alianza, 1969, pág. 184.

¹⁵ Ver Francisco Javier Díez de Revenga, «Pedro Salinas», «Juan José Domenchina», «Ernestina de Champourcín», «Antonio Oliver», «Miguel Valdivieso», *Poetas del 27. La generación del 27 y su entorno*, edición de Víctor García de la Concha, Madrid, Espasa Calpe, 1998, págs. 99-143, 547-555, 625-633, 719-728.

mentales son la luz, los paisajes abiertos, el aire libre, la luna brillante, en los que se advierte una gran influencia de Jorge Guillén, tanto en contenidos como en formas.¹⁶

Recientemente, hemos dado a conocer un trabajo en el que se analiza la amistad entre Carmen Conde y Miguel Hernández, a través de un poema y cuatro textos olvidados, escritos por la escritora de Cartagena en distintos momentos de su vida y en los que manifiesta una indeleble admiración hacia el poeta de Orihuela.¹⁷ Los textos recuperados son los siguientes:

«Miguel Hernández Giner, poeta», *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, 3, 1937, págs. 217-219. También en: «Miguel Hernández Giner, poeta», en *Miguel Hernández*, edición de María de Gracia Ifach, Madrid, Taurus, 1975, págs. 201-204. [Transcripción del de 1937, con tres añadidos en 1946]. Y en *Sísifo. Fascículos de Poesía e de Crítica*, Coimbra, Atlántida, 1951, fasc. 2-3, págs. 41-44.

«Miguel, joven», *Cuadernos de Ágora*, 49-50, nov.-dic. 1960, págs. 15-16. También en: «Miguel Hernández vivirá por encima de todas las interpretaciones», *El Semanal, La Opinión*, Murcia, 10 de julio de 1987, pág. 27; en «De otros días...», en *Estudios sobre Miguel Hernández*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, Murcia, Universidad de Murcia, 1992, págs. 85-87; y en «De otros días...», *La Verdad* (Homenaje a Miguel Hernández (1910-1942), 28 de marzo de 1992, pág. 3. [Versión abreviada del anterior]

«Mis recuerdos de Miguel Hernández», *Posible*, nº 168, Madrid, 30 de marzo-5 abril de 1978, pág. 55.

«Palabras para Miguel Hernández», preliminar a Miguel Hernández, *Cancionero y Romancero de ausencias*, edición de José Carlos Rovira, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1985, págs. 9-16.

Y señalábamos que había otros textos de Carmen Conde, publicados por ella en diferentes ocasiones: «Los adolescentes de Orihuela», *Verbo*, Alicante, octubre-

¹⁶ Bibliografía sobre Miguel Valdivieso: Jorge Guillén, «Prólogo», *Obra completa* de Miguel Valdivieso, Carboneras, Cuenca, El Toro de Barro, 1968; Carlos de la Rica, *Viaje por Miguel Valdivieso*, Cuenca, 1977; Carlos de la Rica, «Miguel Valdivieso, la expresión de Cuenca», *Cuenca*, 11, 1977; Francisco Javier Díez de Revenga, «La poesía de Miguel Valdivieso», *Murgetana*, 55, 1979; Francisco Henares Díaz, *Manual de Historia de la Literatura en Cartagena*, Cartagena, Ayuntamiento, 1988; Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio, 1989; Carlos de la Rica, «Miguel Valdivieso», *Los poetas conquenses*, *Cuenca*, 39-40, I-II, 1992; C. A. Ayuso, «Miguel Valdivieso. Centenario de un poeta secreto», *Artes y Letras. El Norte de Castilla*, 20-3-1993; Juan Barceló Jiménez, «Los animales como temática en tres poetas contemporáneos», *Murgetana*, 100, 1999; Miguel Martínón, «Miguel Valdivieso: Las voces del poeta», *Espejo del aire*, Madrid, Verbum, 2000.

¹⁷ Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, «Miguel Hernández en la memoria fértil de Carmen Conde», *Monteaquedo*, 15, 2010, págs. 83-91.

noviembre, 1946, pág. 14.- *Tres inolvidables adolescentes de Orihuela y uno de La Unión. Conferencia. Elegía*, edición de Aitor L. Larrabide, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2007. [Leído en Tabla Redonda de Poesía el 20-3-1955, I Asamblea de Poetas y Escritores del Sudeste Español. Orihuela, 19 a 20-3-1955].- «Al adolescente de Orihuela», *Pueblo*, Madrid, 9-XI-1973.-«Tras la muerte de Ramón Sijé» *Oleza*, Orihuela, navidad de 1974, pág. 43. [Escrito a la muerte de Ramón Sijé el 1 de enero de 1936].- «Querido y ausente Miguel», *La sombra vencida. Miguel Hernández. Encuentro con el poeta*, Orihuela, círculo 1º, Taller de Cultura, *Empireuma. Revista de Creación*, 1987.

A ellos y a otros inéditos nos vamos a referir a continuación ya que vamos a dar a conocer o recuperar en este trabajo una serie de textos de Carmen Conde y Antonio Oliver que merecen ser tenidos en cuenta a la hora de valorar la relación del matrimonio cartagenero con el poeta de Orihuela, sobre todo la fidelidad de Carmen Conde hacia su recuerdo y hacia su poesía. He aquí la relación de textos que vamos a reproducir y que proceden del archivo del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, que nos ha facilitado además la reseña descriptiva de los mismos. La numeración se corresponde con la utilizada en el apéndice documental de este trabajo:

I. 1. Carmen Conde, «Miguel Hernández (1910-1942)», en *La voz que no muere. Antología de poesía, comentada*. Castilla, 29-9-1963. [Mecanoscrito].

I. 2. Carmen Conde, Conferencia de Carmen Conde: «Miguel Hernández (1910, Orihuela-1942, cárcel de Alicante)». [Mecanoscrito, sin fecha, pero de julio de 1976].

I. 3. Carmen Conde, Para Miguel Hernández. (Comentarios a «Un carnívoro cuchillo», etc.). Benidorm, 8 abril 1978. [Mecanoscrito].

II. 1. Antonio Oliver Belmás, «Cuando Miguel Hernández quiso volver a ser pastor», texto manuscrito fechado aquel en Madrid, 29-5-1967 y mecanoscrito.

III. 1. Carmen Conde, «Los adolescentes de Orihuela», *Verbo: Cuadernos Literarios*, Alicante, octubre-noviembre 1946, pág. 14.

III. 2. Carmen Conde, «Los poetas no mueren: Miguel Hernández», *El Día. Suplemento Dominical*, Montevideo, año 29, n. 1423, 24 abril 1960.

III. 3. Carmen Conde, «Habla la viuda de Miguel Hernández», *Pueblo*, 13 junio 1980, pág. 9. [Original mecanoscrito fechado mayo 1980].

III. 4: Carmen Conde, «Querido y ausente Miguel», en *La sombra vencida: Miguel Hernández: Encuentro con el poeta*, Orihuela, Círculo Uno-Taller de Cultura, *Empireuma: Revista de Creación*, 1987.

Con referencia a los textos mecanoscritos del Apéndice I, hay que señalar que el primero estaba destinado a la serie de *La voz que no muere. Antología de poesía*,

comentada, de la que se conservan varios originales relativos a otros poetas en el archivo del Patronato, tales como Adriano del Valle y Agustín de Foxá; Leopoldo Panero, José Luis Cano y José María Valverde; Los «Noventayochistas»; o «Poesía social» avant-guérres»: José María Gabriel y Galán y Vicente Medina, destinados a la citada serie, en la que figuraron otros muchos poetas: Jorge Guillén, Pedro Salinas, Susana March, Antonio Oliver, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Blas de Otero, etc. En 1963, el guionista cinematográfico José Rodulfo Boeta, Jefe de los Servicios Técnicos del Centro Nacional de Enseñanza Media por Radio y Televisión del Ministerio de Educación y Ciencia, encarga a Carmen Conde la antología, que ésta le va entregando, tal como se indica en la agenda de la escritora de 1963: el 21 de septiembre escribe: «Visita a Boeta para completar datos antología poesía, para cintas grabadas»; el 26: «Terminé tres poetas para Fonotone (Boeta)»; el 29: «Hice Miguel Hernández para Boeta».

El texto, como se advertirá, contiene una buena selección de poemas precedidos de una breve introducción, en la que se señalan algunas notas curiosas, como indicar que Orihuela está más cerca de Murcia que de Alicante, o señalar la presencia de Antonio Machado o de la melancolía becqueriana en la poesía de Hernández. Sobresale en la antología la inclusión de algunos de sus poemas religiosos, como el dedicado a la Asunción o «Mar y Dios», tan olvidados hoy, aunque enseguida prefiriere los poemas de guerra y de cárcel que recoge en número muy elevado.

Los otros dos textos parecen pertenecer a conferencias de Carmen Conde, ya de los años setenta. El primero lo hemos fechado en julio de 1976 por las referencias a los libros que cita. Y procede de un curso monográfico impartido por Carmen Conde en el Instituto Óscar Esplá de Alicante, titulado «La voz que no muere», que impartió en julio de 1976, un curso de verano de la Cátedra Mediterráneo, bajo el patrocinio de la Diputación y con la colaboración de la Caja de Ahorros del Sureste de España a la que pertenece entonces la Biblioteca Gabriel Miró de Alicante, y a cuyo director, Vicente Ramos, cita así como a su libro de 1973 o el que realiza con Manuel Molina en 1976¹⁸. Las referencias al estreno de *El labrador de más aire*, en Madrid, que tuvo lugar el 17 de octubre de 1972, y la cita de la biografía de Miguel Hernández, hecha por María de Gracia Ifach, de 1975,¹⁹ nos indican que Carmen Conde puso al día sus apuntes sobre el poeta de Orihuela. Este texto contiene una alusión muy sorprendente a José Antonio Primo de Rivera que aclaramos más adelante. El curso fue muy amplio: lección 1ª, 19 de julio: Unamuno, Antonio Machado; lección 2ª, 20 de julio: Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre; lección 3ª, 21 de julio: Antonio Oliver, Miguel Hernández; lección 4ª, 22 de julio: Carmen Conde.

¹⁸ Vicente Ramos, *Miguel Hernández*, Gredos, Madrid, 1973. Vicente Ramos-Manuel Molina, *Miguel Hernández en Alicante*, Alicante, Colección Ifach, 1976.

¹⁹ María de Gracia Ifach, *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Barcelona, Plaza & Janés, 1975.

El comentario a «Un carnívoro cuchillo» también parece proceder de una intervención pública, y sabemos el lugar (Benidorm) y fecha (8 abril 1978) en que está escrito. Su tono esquemático parece responder a unos apuntes para apoyar una intervención oral que podría ser más extensa. Según consta en las agendas de la escritora, los días 7 y 8 de abril está en Benidorm, donde prepara la intervención para un homenaje en Caravaca (Murcia) organizado por el Partido Socialista Popular. Se conservan recortes de prensa y programa de mano por los que podemos señalar que el acto, celebrado en el cine Gran Vía, tuvo lugar el día 16 de abril de 1978 bajo la presidencia de Ginés García Andréu y Francisco Pérez Mayo. Carmen Conde leyó un poema que había compuesto ex profeso para este acto, lo mismo que hizo Francisco Martínez Mirete. En el acto estaban presentes amigos de Murcia de Carmen Conde como el escritor Antonio Segado del Olmo, la directora del Colegio Piloto de Murcia, Nery Carmen Sánchez Gil y Gabriel Pinazo, que fue Presidente de la FUE en Murcia y con el que Carmen creó guarderías infantiles durante la Guerra.

Contiene aciertos indudables y las intuiciones de Carmen Conde en este como en los otros textos merecen lectura detenida y reposada, ya que conocía bien la poesía de Miguel Hernández y, sobre todo, la admiraba sin reservas.

Respecto al texto que publicamos de Antonio Oliver, hay que señalar que se conservan en el archivo del Patronato un texto manuscrito y una copia mecanografiada del mismo. Hemos seguido el texto manuscrito, ya que contiene una frase más que el texto a máquina: «se le veía curtido por las intemperies y pleno de juventud y vitalidad», y además nos facilita el lugar y la fecha de escritura, que no figura en el mecanoscrito: Madrid, 29 de mayo de 1967. Si tenemos en cuenta que Antonio Oliver falleció el 28 de julio de 1968, estamos ante uno de sus últimos escritos. Ignoramos el primer destino de este trabajo, que fue años después incluido en *Última vez con Rubén Darío. Literatura hispanoamericana y española. Ensayos*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, vol. II, págs. 855-898.

Se trata de una evocación muy personal de Miguel con algunos datos hasta ahora desconocidos y otros que no se corresponden con la realidad, como la autoría del retrato que se le hizo a Miguel después de muerto, atribuido a Ricardo Fuentes, cuando sabemos certeramente que el autor de ese dibujo es José María Torregrosa.²⁰ Ricardo Fuente, no Fuentes, como veremos más adelante le haría otros dibujos a Miguel. Se advierten en el texto de Oliver algunas otras leyendas repetidas por la tradición oral sobre la vida y la muerte de Miguel Hernández, pero lo interesante sin duda de este trabajo no es la exactitud o no de los datos, sino el afecto con el que está redactado y su calidad literaria muy en el mejor estilo de Oliver:

²⁰ Ramón Pérez Álvarez, *Hacia Miguel Hernández*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2003, pág. 24.

referencias a los clásicos y sobre todo a su admirado Cervantes y al *Quijote*, alusión a Don Juan Manuel, que recorrió Orihuela en sus correrías de cetrería, definen muy bien el tono y el carácter del artículo, por lo que hemos considerado interesante su rescate.

Entre los textos olvidados que reproducimos, merece un especial comentario el artículo «Los poetas no mueren», que aparece en el suplemento dominical del diario *El Día* de Montevideo, el 24 de abril de 1960, el año del cincuentenario del nacimiento de Miguel Hernández. En primer lugar, su fecha, que figura al pie del trabajo: 1956, cuatro años antes de aparecer en el rotativo uruguayo. Pero hay otros datos interesantes, y, entre ellos, no lo es menos el tono dolorido y reivindicativo de todo el artículo, desde el principio al fin, que Carmen Conde adopta ante la memoria de su amigo Miguel Hernández. Por supuesto, muchas de las manifestaciones del texto en este sentido eran de imposible difusión dentro del territorio nacional en la España de 1960. La censura franquista no hubiera permitido la publicación del artículo ni en todo ni en parte.

Su comienzo está dedicado a recordar el primer encuentro en Orihuela y los viajes del poeta a Cartagena a la Universidad Popular, institución que es recordada con auténtico pesar por la escritora, como institución sacrificada. Tanto Cartagena como Orihuela reciben epítetos y manifestaciones de la autora de auténtica decepción, acordes con la tristeza y el rencor acumulado que Carmen Conde manifiesta contra las dos ciudades, desde luego procedentes tanto de los sufrimientos en carne propia como de los que el mismo Miguel padeció cuando fue detenido definitivamente en su pueblo. Las referencias a la Guerra de España son absolutamente dramáticas y tiene mucho que ver con la propia biografía de la autora, que asegura, a consecuencia de la Guerra, considerarse súbdita de «la tierra de nadie», y ser la que vivió y vive «en la tierra de nadie», que será el título de uno de sus mejores libros poéticos publicado justamente en 1960.²¹

No han de pasar inadvertidos los comentarios a la bibliografía existente en ese momento sobre Miguel Hernández, que agrupa en dos sectores, a cual más subjetivo, y, aunque salva a Concha Zardoya, que ha publicado su biografía, estudio crítico y antología en 1955, en Nueva York²², y María de Gracia Ifach, con referencia en el caso de esta última a detalles personales y biográficos poco conocidos, la peor parte se la lleva Juan Guerrero Zamora, que acababa de publicar su biografía de Hernández²³ y que recibe una serie de apelativos demasiados claros: «gran jerarca ahora de Radio Nacional, buen escritor y arbitrario e incongruente hombre». En

²¹ Carmen Conde, *En la tierra de nadie*, prólogo de Mariano Baquero Goyanes, Murcia, El Laurel del Sudeste, 1960.

²² Concha Zardoya, *Miguel Hernández. Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Nueva York, Hispanic Institute, Columbia University, 1955.

²³ Juan Guerrero Zamora, *Miguel Hernández, poeta*, Madrid, El Grifón, 1955.

todo caso es importante para fechar el artículo con exactitud, señalar que las publicaciones citadas de María de Gracia Ifach son de 1960, tanto las *Obras completas*²⁴ como la *Antología* citada,²⁵ a pesar de que el artículo esté fechado, como sabemos, en 1956.

Y como nota muy curiosa, sin duda, hay que hacer alusión a la comparación entre Miguel Hernández y José Antonio Primo de Rivera, tan originalísima como extemporánea referencia de Carmen Conde poco sostenible sin duda... Cuando Hernández muere en el Reformatorio de Adultos de Alicante el 28 de marzo de 1942, los restos de José Antonio Primo de Rivera ya no reposaban en Alicante. Había sido fusilado en la Prisión Provincial el 20 de noviembre de 1936 y su cadáver había sido trasladado a pie en asombrosa procesión interminable de falangistas, a El Escorial, entre el 20 y el 30 de noviembre de 1939.

Esta desafortunada analogía aparecerá también en la conferencia «Miguel Hernández (1910, Orihuela-1942, cárcel de Alicante)», cuando indica equivocadamente: «La enfermedad mortal atenaza al poeta, y, por fin, muere en la cárcel de Alicante: en la misma en donde estuvo preso José Antonio y en cuyo patio lo fusilaron. ¡Triste privilegio el de esta cárcel! Ha visto a dos hombres jóvenes morir en ella por defender sus ideales. Nunca España estuvo mejor representada que en esta cárcel: dos ideas, dos hombres defendiéndolas, dos muertos como consecuencia». Ignoraba Carmen Conde, por lo visto, que los establecimientos penitenciarios de Primo de Rivera y de Hernández son dos lugares distintos. Uno es la llamada, en época de Franco, Casa Prisión de José Antonio, en recuerdo del sitio en el que José Antonio fue fusilado. Era la Prisión Provincial de Alicante en 1936. Este edificio fue demolido hace unos años y en su lugar se construyó el Albergue juvenil de la Florida, sito en el barrio de su nombre, avenida de Orihuela nº 59. El Reformatorio de Adultos es el sitio en cuya enfermería murió Hernández. En el lugar exacto en que estaba situada esta enfermería según la placa conmemorativa, se levanta un monumento ubicado en la plaza abierta al público, que da acceso al Palacio de Justicia de Benalúa, y que conforma un polígono delimitado por las calles Santa María Mazzarello, avenida de Aguilera, Pardo Jimeno y Los Doscientos. El edificio del Reformatorio no ha sido destruido sino adaptado a su función actual.²⁶

Finalmente, nos referimos a las fotografías que reprodujo Carmen Conde en su artículo: la de Cabo de Palos, con este pie: «Miguel Hernández en Cabo de Palos, con un grupo de jóvenes de la perseguida Universidad Popular»; la del molino del

²⁴ Miguel Hernández, *Obras completas*, edición ordenada por Elvio Romero y cuidada por Andrés Ramón Vázquez, prólogo de María de Gracia Ifach, Buenos Aires, Losada, 1960.

²⁵ Miguel Hernández, *Antología*, selección y prólogo de María de Gracia Ifach, Buenos Aires, Losada, 1960.

²⁶ Debemos estas precisiones al Profesor de la Universidad de Alicante Dr. Eduardo Ruiz Abellán, a quien se las agradecemos.

tío Poli: «Miguel Hernández con Carmen Conde y Antonio Oliver en un molino de velas (el del tío Poli) en Cartagena»; y «El retrato hecho a Miguel Hernández en la cárcel, por el recluso Ricardo Fuentes». En realidad, Ricardo Fuente Alcocer (Madrid, 1906-1986), catedrático de Dibujo del Instituto de Alicante, preso en el Reformatorio de Adultos, donde coincide con Hernández, a quien hará varios dibujos, entre ellos, el más conocido, el que reproduce Carmen Conde en su artículo.



Miguel Hernández, por Ricardo Fuente.

El texto dedicado al libro de Josefina Manresa no es tan brillante como los anteriores, pero debe ser tenido en cuenta como reflejo de la fidelidad de Carmen Conde a la figura de Miguel Hernández, que sobresale por encima del relativo aprecio que muestra hacia Josefina y a sus dotes literarias. Sin embargo, sí se siente muy solidaria con ella cuando habla de las veces que ha sido engañada respecto a los originales del poeta, sobre todo porque la compara nada menos que con Francisca Sánchez, la mujer última de Rubén Darío, que sufrió a lo largo de su dilatada exis-

tencia, tras la muerte de Rubén, similares despojos, historia que Carmen Conde conoce muy bien, ya que ella y Antonio Oliver se encargaron de recuperar para el Estado español lo que quedaba del archivo de Rubén, como bien refleja Carmen en este artículo.

Por su condición de conmovedora despedida, en su brevedad, hemos reproducido el último texto que Carmen Conde escribió sobre Hernández, ya en 1987, que se cierra con un emotivo «hasta pronto»: «Nos volveremos a dar aquel abrazo tan fuerte», con el que ponemos punto final a nuestras consideraciones.

Querido y ausente Miguel:

Todo el mundo te conoce y te quiere como mereces por poeta y hombre bueno. Tú sabías que otro poeta y yo misma te queríamos y admirábamos fraternalmente. Te hemos cantado en el mismo lenguaje que tú usabas para contar lo que sentíamos. Antonio ya te habrá encontrado y yo espero unirme a los dos. Porque nos queríamos en nuestra gozosa juventud y nos lloramos después.

Son muy pocas palabras éstas para que tu nombre y tu obra sean elogiados por los tuyos, que tienen la obligación de reconocerte, y por los que no te olvidamos porque somos amigos.

Hasta pronto. Nos volveremos a dar aquel abrazo tan fuerte.

Carmen Conde

Madrid, Septiembre, 1987.

APÉNDICE DOCUMENTAL**I**

TEXTOS INÉDITOS DE CARMEN CONDE SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ

1

Carmen Conde

Colección «La voz que no muere»
Antología de Poesía, comentada.MIGUEL HERNÁNDEZ
(1910-1942)

Castilla, 1963

Nació el 30 de octubre de 1910 en Orihuela (más cerca de Murcia que de Alicante), y murió en Alicante el día 28 de marzo de 1942. Tenía, pues, 31 años al morir. Sus libros (cuya edición completa ha publicado la editorial Losada de Buenos Aires, con un magnífico prólogo de María de Gracia Ifach), se titulan: *Perito en lunas* (1933), *Quien te ha visto y quien te ve*, auto sacramental (1934), *El rayo que no cesa* (1934), *Viento del pueblo* (1937), *El labrador de más aire*, teatro (1937). Otros libros suyos son *El hombre acecha* (1939) y *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941).

Si Miguel Hernández, cabrero toda su infancia y parte de su adolescencia, tuvo una resuelta influencia de nuestros autores clásicos a causa de sus infatigables lecturas en la Biblioteca de los Jesuitas de Orihuela, no tardó en acusar la influencia de Pablo Neruda y de Vicente Aleixandre, amigos que cultivó al venirse a Madrid tratando de abrirse camino literario. Pronto, sin embargo, don Antonio Machado cayó en su alma como un buen resplandor que también atrajo la memoria dichosa de nuestra poesía popular; acaso en algunos de sus poemas cuente también la melancolía becqueriana... Pero una serie de circunstancias impresionaron tan profundamente su sensibilidad que, a la fuerza innata suya, al vehemente temperamento creador, se sumó un trágico sentimiento social: Miguel Hernández, muchacho del pueblo, recibió el impacto de lo que nuestro cristianismo no olvida: piedad, amor por los desdichados, y una urgente necesidad de redimirlos de su angustia. Un poeta sólo puede manifestar su compasión por medio de su obra, y eso hizo Miguel. Rama pujante verdeó y dio flores en fugaz verano, porque murió cuando empezaría a darle al mundo su obra mejor, la lograda por años de pensamiento, lectura, experiencia humana –que lleva consigo dolor y angustia sin fin–, y la lógica decantación de las

aguas que bañaron cuerpo y alma hasta purificarlos, purificándose. Una antología no es nunca imparcial, porque el que escoge versos manifiesta sus preferencias sobre todo; pero aún es más difícil si, como en este caso, se ha conocido al poeta cuando apenas cumplía 20 años y era un adolescente (con el inolvidable *Ramón Sijé*) deslumbrado e iluminado, erguido en el tremendo y hermoso mundo implacable de Orihuela, la *Oleza* del arcangélico prosista alicantino Gabriel Miró.

El poeta, en un poema en que se define enamorado, dice estos versos que han impresionado siempre a sus lectores:

Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino...

Porque son una anticipada definición de lo que él, como hombre, habría de hacerse: barro, arcilla humana y desdichada en la cual la zarpa trágica de un inmerecido destino moldearía su muerte en plena juventud. El poema siguiente cierra el ciclo que se inicia con el *barro*:

Un albañil quería... No le faltaba aliento.
Un albañil quería, piedra tras piedra, muro
tras muro, levantar una imagen al viento
desencadenador en el futuro.

Quería un edificio capaz de lo más leve.
No le faltaba aliento. ¡Cuánto aquel ser quería!
Piedras de plumas, mares de pájaros los mueve
una imaginación al mediodía.

Reía. Trabajaba. Cantaba. De sus brazos,
con un poder más alto que el ala de los truenos
iban brotando muros lo mismo que aletazos.
Pero los aletazos duran menos.

Al fin, era la piedra su agente. Y la montaña
tiene valor de vuelo si es totalmente activa.
Piedra por piedra es peso y hunde cuanto acompaña
aunque esto sea un mundo de ansia viva.

Un albañil quería... Pero la piedra cobra
su torva densidad brutal en un momento.
Aquel hombre labraba su cárcel. Y en su obra
fueron precipitados él y el viento.

¡Qué diferente voz esa de la que en su primer libro cantaba en octavas de perfección clásica!

Hay un constante estío de ceniza
para curtir la luna de la era,
más que aquélla caliente que aquél iza,
y más, si menos, oro, duradera.
Una imposible y otra alcanzadiza,
¿hacia cuál de las dos haré carrera?
Oh tú, perito en lunas; que yo sepa
qué luna es de mejor sabor y cepa.

Criatura terrenal, aunque traspasada por el celeste rayo, oíd cómo canta su mundo original:

Después de haber cavado este barbecho
me tomaré un descanso por la grama
y beberé el agua que en la rama
aumenta su frescura en mi provecho.

Me huele todo el cuerpo a recién hecho
por el jugoso fuego que lo inflama:
cunde la creación y se derrama
a mi mucha fatiga como un lecho.

Se tomará un descanso el hortelano
aliviará sus penas combatido
por el viento y el sol de un tiempo manso.

Y otra vez, inclinado cuerpo y mano,
seguirá ante la tierra perseguido
por la sombra del último descanso.

Y cómo lo ama y ensalza, arrebatadamente:

¡Y qué buena es la tierra de mi huerto!:
hace un olor a madre que enamora,
mientras la azada mía el aire dora
y el regazo le deja pechiabierto.

Me sobrecoge una emoción de muerto
que va a caer el hoy en paz, ahora,
cuando inclino la mano horticultora
y detrás de la mano el cuerpo incierto.

¿Cuándo caeré, cuándo caeré al regazo
íntimo y amoroso, donde halla
tanta delicadeza la azucena?

Debajo de mis pies siento un abrazo,
que espera francamente que me vaya
a él, dejando estos ojos que dan pena.

El toro español salta, de la plaza en donde compite con el hombre, al verso de Miguel Hernández, al que han seguido –con menos hermosura– otros poetas que han cantado después al mismo toro.

El toro sabe al fin de la corrida,
donde prueba su chorro repentino,
que el sabor de la muerte es el de un vino
que el equilibrio impide de la vida.

Respira corazones por la herida
desde un gigante corazón vecino,
y su vasto poder de piedra y pino
cesa debilitado en la caída.

Y como el toro tú, mi sangre astada
que el cotidiano cáliz de la muerte,
edificado con un turbio acero,

vierte sobre mi lengua un gusto a espada
diluida en un vino espeso y fuerte
desde mi corazón donde me muero.

Si no hace mucho se ha identificado con el barro (la tierra), ahora lo hace con la hermosísima bestia valerosa criatura de sonetos espléndidos:

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado

por un hierro infernal en mi costado
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

De tan grave voz, chorro de sangre caliente y abrasante, puede saltar a la gozosa y melancólica delicia del cantar popular:

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Y si en esa canción hay amargo regusto de guitarra, en la que oiréis rezuma la melancolía cual una niebla que empapa y calofría:

Ausencia en todo veo:
tus ojos la reflejan.

Ausencia en todo escucho:
tu voz a tiempo suena.

Ausencia en todo aspiro:
tu aliento huele a hierba.

Ausencia en todo toco:
tu cuerpo se despuebla.

Ausencia en todo siento:
ausencia, ausencia, ausencia.

Niño y muchacho educado en un ambiente religioso inviolable, hizo versos a la Divinidad con unción gozosa. A la Asunción de la Virgen, un soneto:

¡Tú!, que eras ya subida soberana,
de subir acabaste. Ave sin pío
nacida para el vuelo y luz, ya río,
ya nube, ya palmera, ya campana.

La pureza del lilio sintió frío;
y aquel preliminar de la mañana
aire, tan encelado, en tu ventana,
sin tu aliento ni olor quedó vacío.

¡Todo te echa de menos!: ¿Qué azucena
no ve su soledad sin tu compañía,
no ve su comparación sin Ti en el huerto?...

Quedó la nieve, sin candor, con pena,
mustiándole el perfil a la montaña;
subiste más, y viste el cielo abierto.

Si en el soneto a la Virgen hay rendido loor, en su *Mar y Dios* gravita ya el pensamiento profundo:

Elevando tus nada hasta el bulto,
creando y descubriendo vas presencias,
y llevas las presentes a lo oculto.

Inexistencias paren existencias,
se cela en lo secreto lo patente,
nacen, mueren, sigilos, evidencias.
La alusión se produce referente

a la Verdad, tan verde en su blancura,
espuma, vanidad de la corriente.

En el mundo depones tu amargura
impalpable, y el sol la consolida
en situación palpable de figura.

La dispersión, al cabo recogida,
la leve nada demasiado grave,
reposo cano la azulada huida.

Ni principio ni fin te halla la nave,
cuna de luz y luz de tu elemento,
¡mi Mar apasionado, mi Mar suave!

De ti a ti trasladando vas tu acento,
y tú, tu resultado y tu problema,
eres tu concepción y nacimiento.

Algo de pronto, idea de Algo, esquema
de la nada, después nada salada,
la espuma luce rápida y suprema.

Como pensó en Dios, el Mar, pensó en el hombre, su criatura; y en los avatares dolientes, padecientes, de la criatura amada: *El sudor* es uno de los poemas en que el poeta se acerca al penar de sus hermanos otros:

En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,
a sustentar la sed y la sal gota a gota,
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
áureas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada

a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas.
Por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

Frente a tan ancho canto al trabajo, el odio a la guerra:

La vejez en los pueblos.
El corazón sin dueño.
El amor sin objeto.
La hierba, el polvo, el cuervo.
¿Y la juventud?
En el ataúd.

Aquel mozo campesino, de azules ojos desmesurados, tuvo palabras de dolor para todo lo que arruina al hombre, por su culpa o por el odio de otros; y sus versos a *Las cárceles* sangran como miembros amputados:

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados:
buscan a un hombre, buscan a un pueblo, lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan.

[...]

Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto,
el telar de la lágrima que no ha de ser estéril,
el casco de los odios y de las esperanzas,
fabrican, tejen, hunden.

[...]

Se da contra las piedras la libertad, el día,
el paso galopante de un hombre, la cabeza,
la boca con espuma, con decisión de espuma,
la libertad, un hombre.

Son fragmentos, no todo el poema; cuyo colofón es otro poema, más breve:

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa.
con su ruidosa cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevantá la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.
Será la garra suave.
Dejadme la esperanza.

La esperanza es, ya, la comprensión, la compasión, el amor, la devoción a una obra imperecedera: una obra que, además, contiene una *Elegía* que todos conocen y admiran por su inmenso contenido de amor fraterno; por su entronque con lo que el mundo romano conoció como *devotio iberica*. Dedicada a la prematura muerte de Ramón Sijé –amigo sin el cual no es posible comprender el *arranque* de Miguel, tiene versos que son pedazos de alma. Unos pocos, para terminar, por desgracia, esta veloz antología, [que] os damos aquí. Estaba Miguel en Madrid cuando murió Ramón, y empiezan así sus *trenos*:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

[...]

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

[...]

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

[...]

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,

que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Carmen Conde

Día de San Miguel Arcángel, Castilla 1963.

2

MIGUEL HERNÁNDEZ

(1910, Orihuela-1942, cárcel de Alicante).

El muchacho nacido en Orihuela de una familia de modestos campesinos, pastor de las cabras de su padre, lector apasionado de los clásicos pues su contacto con religiosos intelectuales de su ciudad le facilita el acceso a la mejor biblioteca de la misma, empieza a escribir muy joven. Forma parte de un compacto grupo de jóvenes, como él, amantes de las Letras. Destaca entre ellos Ramón Sijé, el de la maravillosa *Elegía* de Miguel dedicada a su temprana muerte. Desde el principio de su obra, naturalmente influida en la forma por sus lecturas clásicas, Miguel aparece como un violento y deslumbrante estallido de luz, levantina ardiente, en la poesía española. Va y viene a Madrid intentando conectar con los grandes escritores y abrirse paso entre ellos. Lo consigue plenamente cuando ya va a estallar le guerra civil. Toma parte en ella como difusor de cultura en los frentes, y sus vivencias nutren su obra de esos años. No hay que olvidarse de que Miguel, hijo del pueblo y del que nunca se sintió apartado, forzosamente tenía que sentir su causa. Es lógico, pues, que sus versos, su teatro, sus palabras se digan donde y cómo se han escrito: junto a su gente, la sufrida y padecida gente del pueblo que veía desaparecer sus ilusiones de un mundo en el cual pudiere asentarse cómoda y justamente. La pasión del momento, la corriente de las circunstancias se incorporaron al poeta Miguel Hernández íntegramente. Su poesía de aquellos años está escrita sobre las tierras que la guerra abrasa y dispersa. El poeta es un joven entusiasta, generoso, desinteresado: no escribe ni habla ni siente por otro interés que el de su profundo amor a su pueblo, a nuestro pueblo. Para él vive, para él crea, y dentro de su causa se mueve. Cuando acaba la guerra civil con la derrota de la República española, Miguel se convierte en lo peor que puede un ser humano convertirse: en un *vencido*. El drama del vencido, poeta u hombre no poeta, es tremendo. ¡Velázquez pintó un cuadro eternizando la hidalguía española ante una derrota, que se ha quedado en el Museo del Prado para que lo vean pero no tomen ejemplo de su elegancia humana! Miguel vencido (como millones de migueles poetas o no poetas) va de caída en

caída, de cárcel a penal y de penal a cárcel... Enferma. Escribe sus poemas más trágicos y hermosos, más sinceros y puros en el papel que, digno o no, encuentra hábil para hacerlo. Se le murió el hijo primero, pero tiene otro que no ve y al que sabe carente de casi todo. Tiene una mujer joven y amante, abnegada, con la que se ama ardientemente... ya de lejos. Apenas si han convivido a causa de la guerra y de la posguerra. La enfermedad mortal atenaza al poeta, y, por fin, muere en la cárcel de Alicante: en la misma en donde estuvo preso José Antonio y en cuyo patio lo fusilaron. ¡Triste privilegio el de esta cárcel! Ha visto a dos hombres jóvenes morir en ella por defender sus ideales. Nunca España estuvo mejor representada que en esta cárcel: dos ideas, dos hombres defendiéndolas, dos muertos como consecuencia.

La obra de Miguel Hernández es, sobre todo, inmensamente humana. Sus «nanas», las que escribiera mientras estaba preso, pensando en su hijo y en su esposa, las cantan desde hace años los jóvenes que aman y admiran al poeta. Su obra de teatro *El labrador de más aire*, ha sido representada en Madrid. Las biografías de Miguel se suceden dentro y fuera de España, y no digamos las tesis doctorales, los análisis, las interpretaciones. El Director de esta Biblioteca *Gabriel Miró* es autor de un hermosísimo libro sobre Miguel y reciente está otro, en colaboración con el escritor Manuel Molina sobre *Miguel Hernández en Alicante*. La última biografía, la que se atiene más al hombre que a la obra (aunque la autora hizo ya varias antologías y una biografía del poeta), la ha hecho María de Gracia Ifach publicándola en la editora Plaza y Janés de Barcelona. Miguel Hernández, como Federico García Lorca, como don Antonio Machado, son banderas de amor a la libertad y al pueblo que éste agita cada vez con mayor entusiasmo. Mas no es solamente por su pensamiento y su entrega a la causa del pueblo, por lo que los admiramos y traemos aquí. Sobre todo, en este caso, a Miguel. Es por su poesía humana, por el carácter universal que la mayor parte de su obra adopta, por la gravedad profunda de sus poemas exentos de trabas circunstanciales, por lo que, a mi entender, alcanzó mayor categoría. La historia se repite y pasa. Hacer algo que formando parte de la historia que nos toca vivir sea capaz de integrarse definitivamente en la historia inmortal, la de la voz que no muere, es raro privilegio. Y ese privilegio es también, con todos los demás y otros, del poeta Miguel Hernández. Esa parte de su hermosa y caliente poesía es la que hemos escogido para este momento. Sin que ello signifique que todo lo demás, lo que omitimos en este instante, no sea preciso leerlo, estimarlo y darle acogida de admiración como exige su lealtad y su sinceridad: su corazón de hijo y amante del pueblo español.

Hay una parte de su obra que, siguiendo una tradición del religioso teatro español de los siglos de oro, expone aspectos del sentimiento místico del joven poeta, anterior al 1936. Un hermoso auto sacramental, *Quién te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras* (1934, editado por la revista católica *Cruz y Raya*), demues-

tra que el poeta no prescindía de su fe espiritual y que, por ella precisamente, se disponía a acercarse al prójimo en necesidad de ayuda fraterna.

Perito en lunas, con prólogo de Ramón Sijé, apareció en una colección titulada *Sudeste*, Murcia, 1933, en donde los autores jóvenes de aquel tiempo editábamos.

El 2º libro fue el auto sacramental antes citado, siendo el 3º *El rayo que no cesa* (1936).

Durante la guerra publicó (1937) *El labrador de más aire*, teatro.- *Viento del pueblo.- Teatro de la guerra*. Después de su muerte se han editado algunos de sus versos inéditos (los escritos mientras sufría prisión), sucediéndose las ediciones y ediciones de sus obras, completas o seleccionadas, en el mundo entero. Multitud de investigadores, analistas, ensayistas, así como biógrafos, se han ocupado y ocupan de la gran figura literaria y humana de Miguel Hernández, el adolescente de Orihuela. Una poetisa española, Concha Zardoya, profesora en Norteamérica desde hace más de 20 años también le ha dedicado su valiosa atención, como Couffon en Francia, Puccini en Italia, etc. etc. Si breve fue la vida del poeta, intensa también lo fue. Vida implicada en su propia obra, ciertamente, como se ha dicho por parte de su biógrafa María de Gracia Ifach en su biografía *Miguel Hernández rayo que cesa* (1975, Plaza y Janés, Barcelona).

Fuerza telúrica, pasión de toro embravecido por su celo amoroso, generosa comprensión fraterna del hombre sencillo y anhelante de brazos que le ayuden a salir del pozo oscuro de su mediocridad social y política. Un dominio caudaloso de su palabra certera y valiente, desnuda como la luz del amanecer y ardorosa como la de un mediodía de agosto. Lo que el nicho 1.009 del Cementerio de Nuestra Señora del Remedio, de Alicante, contiene no es el esqueleto de un cuerpo consumido, devorado por el dolor y la enfermedad que el dolor atrajo, sino las cenizas de un ave fénix que vuela y revuela en el cielo de la Poesía fecundándola para nuevas e intensas generaciones.

Yo que tuve la suerte de conocerle y de quererle (como conocí y quise y quiero a JRJ, aunque como discípula suya, que de Miguel fui amiga fraternal) y que tanto lloré sus penas y lamenté su ausencia, desde esta hora que le dedicamos aquí hoy rindo mi homenaje a su obra, reitero mi cariño a su persona, y os ofreceré unos ejemplos de su poesía para que os suméis, si nada os lo impide, a mi fervoroso homenaje particular.

3

PARA MIGUEL HERNÁNDEZ

(Un carnívoro cuchillo)

Un carnívoro cuchillo

.....

alrededor de mi vida

*

Rayo de metal crispado

.....

Picotea mi costado

Y hace en él un triste nido

*

A dónde iré que no vaya

mi perdición a buscar?

*

...Algún día

se pondrá el tiempo amarillo

sobre mi fotografía

*

Era verdad que alrededor de su vida hubo un cuchillo: hubo «un rayo de metal crispado / picoteando su costado / haciendo en él un triste nido». Y era verdad que fuese donde fuese, encontraría su perdición... Pero no era verdad, no es verdad ni lo será que «algún día se ponga el tiempo amarillo» ni sobre su fotografía ni sobre su obra, ni sobre su nombre.

Nosotros aquí, ahora, y miles de personas en España y en el mundo, leen a Miguel y aman a Miguel y se identifican con su ser y con su obra.

Miguel dijo también:

Yo sé que oír a un triste enfada

pero oírle a él, aunque esté triste, vitaliza, impulsa. Hay tanta pasión en cuanto escribió, tal sinceridad y fidelidad en su poesía, que no es tristeza –aunque la haya–, no es dolor –aunque lo hay– en su lectura, sino lección de hombría de generosidad ancha la que nos vuelca a su admiración y amor.

PARA MIGUEL HERNANDEZ

(UN CARNIVORO CUCHILLO)

"UN CARNIVORO CUCHILLO

 ALREDEDOR DE MI VIDA"
 X

"RAYO DE METAL CRISPADO

 PICOTEA MI COSTADO
 Y HACE EN ÉL UN TRISTE NIDO"
 X

"¿A DÓNDE IRÉ QUE NO VAYA
 MI PERDICIÓN A BUSCAR?"

 X

...., ALGÚN DÍA
 SE PONDRÁ EL TIEMPO AMARILLO
 SOBRE MI FOTOGRAFÍA,

 X

ERA VERDAD QUE ALREDEDOR DE SU VIDA HUBO UN CUCHILLO; HUBO "UN RAYO DE METAL CRISPADO/ PICOTEANDO SU COSTADO/ HACIENDO EN ÉL UN TRISTE NIDO", Y ERA VERDAD QUE FUESE DONDE FUESE, ENCONTRARÍA SU PERDICIÓN... PERO NO ERA VERDAD, NO ES VERDAD NI LO SERÁ QUE "ALGÚN DÍA SE PONGA EL TIEMPO AMARILLO" NI SOBRE SU FOTOGRAFÍA NI SOBRE SU OBRA, NI SOBRE SU NOMBRE.

Nosotros aquí, ahora, y miles de personas en España y en el mundo, leen a Miguel y aman a Miguel y se identifican con su ser y con su obra.

MIGUEL DIJO TAMBIÉN:

"YO SÉ QUE OIR A UN TRISTE ENFADA"

PERO OIRLE A ÉL, AUNQUE ESTÉ TRISTE, VITALIZA, IMPULSA, HAY TANTA PASIÓN EN CUANTO ESCRIBIÓ, TAL SINCERIDAD Y FIDELIDAD EN SU POESÍA, QUE NO ES TRISTEZA -AUNQUE LA HAYA-, NO ES DOLOR -AUNQUE LO HAYA- EN SU LECTURA, SINO LECCIÓN DE HOMBRIA DE GENEROSIDAD ANCHA LA QUE NOS VUELCA A SU ADMIRACIÓN Y AMOR.

Carmen Conde: Apuntes para el comentario de «Un carnívoro cuchillo» (1979)

Lo que he sufrido y nada todo es nada
 para lo que me queda todavía
 que sufrir. El rigor de esta agonía
 de andar de este cuchillo a aquella espada.

Pensaréis con razón, que cuando el poeta decía aquello se lamentaba a causa del amor, del gran amor de su vida que tanto temía perder. Pero os digo, que sin saberlo, también presentía su futuro. Por su obra pasaba ya el agudo presentimiento del futuro. A veces, el poeta «sabe sin saber», como el místico. En el mismo poema que escribió lo anteriormente leído, acaba diciendo:

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
 pero me voy, desierto y sin arena:
 adiós, amor, adiós, hasta la muerte.

Me voy, pero me quedo. He ahí el otro gran presentimiento, el positivo. El que estamos comprobando ante la difusión de su obra.

Y se ha quedado porque es un símbolo para quienes le comprenden. Hombre (muchacho todavía!) del pueblo, no renegó de él, que a su lado se puso para hablarle con voz de alta poesía. Se supo quejar de las injusticias, y a estas sucumbió. Réplica lógica de la circunstancia que causó su muerte, es su humana pérdida, y lógica es también, y clamorosa la contestación del pueblo a su obra: difusión creciente, estudio profesoral y canción en boca de la juventud. Un poeta luchará eternamente por la justicia, y la libertad, además de por la belleza. Miguel así lo hizo. Porque no es su obra un tejido de inventivas desesperadas, ni una masa de rebeldías absurdas que nada aportan a lo creativo. En su poesía la voz clama contra lo que el poeta va encontrando ajeno a su sentido social y humano, que jamás lo uno asfixió a lo otro, y lo hace hermosamente, con palabras rotundas, viriles, claras... y transidas de amor.

Mas en toda su obra, hay un aviso de duelo, de fatalidad. Como en García Lorca, al que tanto admiró. Corre una turbia agua, viscosa de temores, entre muchos de sus versos... En su «Nana de la cebolla», dirigiéndose al hijo, dice:

¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Demasiado sé que el poeta se refiere al instante supremo del amor germinador, pero, ¿acaso no podría también ser el propio origen, el de su incorporación a la vida; a esta vida que tan mal le trató no permitiéndole gozar de una juventud compartida?

En «El pez mas viejo del río», Miguel exclama:

Y después de meditar
tomó el camino del mar,
es decir, el de la muerte.

Por experiencia conozco las innumerables interpretaciones que el lector puede ofrecer a la lectura de los poemas. Y si yo entresaco de aquellos más entrañables, hechos en pleno vigor vital (salvo el de la «Nana de la cebolla»), es porque veo el río oscuro de la premonición agitándose en el fondo...

Me atreveré a decir algo que quizá no acepten o defraude a otros: si Miguel, en lugar de ser uno más de los vencidos, hubiera figurado entre unos hipotéticos vencedores, habría padecido también en caso de que estos cometieran actos que repudiara el poeta desde su sana contextura moral.

Miguel era limpio y noble. Como el «Don Quijote libertado» de Lunatcharsky, (comisario de cultura soviética), Miguel mantendría siempre su lugar en medio de los vencidos, de los perseguidos, de los aplastados por cualquiera victoria. Tal es el destino del Poeta. No lo olvidéis. El destino de un García Lorca, que no luchó, que no se abanderó, públicamente a ninguna ideología porque él era pueblo y lo amaba en dondequiera que esté. El destino de un Miguel Hernández, caminando inexorable pero conscientemente hacia su sacrificio a los 31 años.

El *Don Quijote* de Lunatcharsky se mantuvo junto a los combatientes campesinos hasta que triunfaron. Después los abandonó para ponerse al lado de los vencidos. ¿Absurdo, incomprensible? No. Meditad.

Si el poeta rechaza la injusticia, si el poeta ama a la humanidad desinteresadamente, si en su condición moral no caben ambiciones bastardas, ¿al lado de quién ha de estar?

*

Yo le conocí muy joven, fuimos amigos, él, mi marido y yo durante la década de los 30, en Cartagena, en Orihuela, en Madrid. Y en la eternidad seguimos siéndolo.

Siempre le encontramos puro de alma, con la tibia inocencia de los que no nacieron para contaminarse. Amigo. Y bien sabe Dios la categoría que ante mí tiene esa palabra.

Nos dolió su desventurado peregrinar hacia la muerte. Con sus palabras diré que

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

A los hombres sí hay que perdonarles su ceguera, su intransigencia. Su imposibilidad de convivir en paz. Y amarles a pesar de todo, a ver si amándoles les transfundimos amor. Por los que murieron en plena juventud ilusionada, para que el olvido de su sacrificio nos hiriera a *todos los españoles*. Que *todos* fuimos heridos y traicionados, todos, por la carencia de amor y el rechazo de la convivente tolerancia, máximo exponente de la civilización.

Más apasionada que literaria o crítica ha sido esta breve aportación al homenaje a Miguel Hernández.

La cerraré con un fragmento de la «Elegía a Ramón Sijé», el amigo del alma de nuestro inolvidable poeta, porque en estos versos se identifica la amistad de quienes conocimos al inmortal oriolano.

Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos,
y siento más tu muerte que mi vida.

Carmen Conde
Benidorm, 8-4-78.

II

TEXTO DE ANTONIO OLIVER BELMÁS SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ

1

CUANDO MIGUEL HERNÁNDEZ QUISO VOLVER A SER PASTOR

No creo en los poetas pastores. Y que me perdonen las Arcadias. Sí, por el contrario, en los poetas cultos que crean pastores con su palabra poética. Sobre todo si esos aedas se llaman Garcilaso, Lope o Góngora. Cuando Miguel Hernández escribe poesía, puede bien afirmarse que ya no es pastor; se había formado junto a su fraternal amigo Ramón Sijé, anagrama de José Marín, en la biblioteca de los Padres Jesuitas de Orihuela. En los años primeros de la década del 30, años en que yo le conocí, Miguel no guardaba rebaños de cabras o de ovejas en las riberas del Segura. Apacentaba, eso sí, recentales de versos de los que más que simple pastor, iba a ser rabadán.

Siguieron de nuevo y más largos los años de su *trabajo* «cornudo» en la capital de España, en la enciclopedia sobre los toros, que Espasa-Calpe, había encargado a José María de Cossío. En los días de la Revolución de Octubre andaba toscamente vestido y escribiendo versos en las orillas del Manzanares, lo que motivó las sospechas de la policía, que le pidió la documentación y estuvo a punto de detenerlo. Por este tiempo visitaba Miguel el domicilio de Pablo Neruda, en la Casa de las Flores, barrio de Argüelles, lo que hacían muchos escritores españoles e hispanoamericanos. Rafael Alberti describió en un poema a muchos de los contertulios y entre ellos a nuestro poeta al que, si no recuerdo mal, evocó de esta forma:

Miguel Hernández olía
a oveja y calzón de pana.

En Madrid vivió hasta 1936, consiguiendo plenos triunfos literarios.

En 1937 encontré a Miguel en pleno campo recién casado con Josefina Manresa y, desde entonces, no lo volví a ver más. A partir de 1940 supe de sus padecimientos a través de Juan Guerrero Ruiz y de José Ballester. Yo me hallaba entonces en Murcia, anclado frente a la Puerta de los Apóstoles de la Catedral y nada, en absoluto, podía hacer por él. Seguí, íntimamente, las noticias de su enfermedad, cada día más grave, y cuando me instalé en la calle de la Acequia en Espinardo, ya muerto Miguel, allí leímos un domingo versos suyos y rezamos por él José Ballester Nicolás, Dictinio del Castillo-Elejabeytia, Francisco Cano Pato, Antonio Garrigós y el que esto escribe. Al llegar a Madrid en 1945, su biografía se me fue aclarando a través de amigos mutuos como Víctor González Gil o del hoy arquitecto Emilio Abad Miró. El primero lo tuvo refugiado en su casa de Madrid en los primeros días de la paz. Y el segundo convivió con él todas las penalidades de la prisión, hasta verlo morir extenuado por el tífus y la tuberculosis.

Pero quien me dio más vivos detalles de la vida de Miguel por aquellos azarosos días, fue –ya entrados los años 50, y cuando era director de una Sala de Arte madrileña–, Eduardo Lloset Marañón. Este cofundador de la revista *Mediodía* de Sevilla, había llegado con las tropas triunfadoras adscrito al servicio jurídico militar y Miguel puso en él todas sus esperanzas que, por desdicha, no llegaron a cumplirse. Eduardo me habló casi dos horas sobre todo esto, como otro día en una esquina del paseo de Recoletos me tuvo mucho tiempo igualmente, pero informándome fogosamente del caso García Lorca, el llorado Adriano del Valle y como en otra ocasión, Manuel García Blanco, hoy también muerto, me habló en Salamanca del repentino fallecimiento de Unamuno, después de un soliloquio sobre España, ante un joven profesor de Economía, ahora –afortunadamente para él– enriquecido plenamente.

La circunstancia del hombre Miguel Hernández, después del triunfo nacionalista es, a mi entender, la siguiente. Desaparición súbita y a los pocos días de aquel hecho histórico, de casa de González Gil, su simpático admirador. Intento de fuga a Portugal. Detención, esta vez ya inevitable y no como en las orillas del Manzanares por la Guardia Civil, que lo trató caballerosamente; nueva escapada en Madrid. Inútil deseo de marcha a Andalucía y fatal y ulterior decisión de encerrarse en Orihuela, donde algún paisano lo denunció, motivando así la prisión y la muerte.

La vida de Miguel Hernández en España, como se ha dicho de la de José Martí en América, no pertenecía tan sólo a un bando contendiente. Su *Viento del pueblo* y demás producción de este sentido, representa una parte mínima de su vasta creación poética. Fue pena que él no fuese como las palmeras levantinas que, al empuje del huracán, se cimbrean pero no se quiebran. La vida de Miguel Hernández pertenecía, como la de Lope o la de Góngora, a la gloria literaria española, gloria total e indivisible, y nadie, ni siquiera el propio Miguel, debió atentar contra ella. Al marchar a Orihuela, él mismo decretaba su propio fin, porque de la pasión excesiva de la fratricida lucha reciente, no podía esperarse sino furia desatada.

El hecho de haber contraído matrimonio en plena acción guerrera con la hija de un caído, condenada en otro caso al hambre y la cárcel, debió atenuar sus males. Josefina Manresa era hija de guardia civil, asesinado en la zona republicana. La condena de Miguel debió ser menor y el trato carcelario mucho más suave.

La cárcel fue quien lo mató. ¡Pobre Josefina, con un muerto a cada lado de España! Uno, su propio padre. Otro, el padre de su hijo. En la cárcel tuvo Miguel que presenciar los fusilamientos, recibidos en ocasiones con alto heroísmo; en la cárcel tenía que ser testigo del hambre, de la suciedad y de la injusticia; en la cárcel, oír la predicación no precisamente *conciliar* de algunos eclesiásticos; en la cárcel apenas si encontró papel para escribir las «Nanas de la cebolla» inspiradas en su hijo; en la cárcel hubo de sufrir todas las humillaciones inherentes a esa situación y en la cárcel, por supuesto, se le derrumbó definitivamente el anhelo de volver a ser pastor.

¡Volver a ser pastor! Esto es lo que le ofrecía Sancho Panza a Don Quijote, cuando este, recobrada la razón, estaba en el lecho de muerte. ¡Volver a ser pastor! ¡Volver a ser libre! Eso es lo que Miguel Hernández pidió para sí mismo, como si fuese un Sancho quijotizado, a Eduardo Lloset Marañón a través de amigos comunes, al ser vencido por la guerra. Pero no pastor de cabras ni de corderos sino de reses bravas en las dehesas anchas de la Andalucía Baja, concretamente en las de Sevilla. No pudo lograrle eso el poeta de *Mediodía* pese a su buena voluntad. Miguel, a pecho descubierto, tuvo que marchar hacia la tierra natal, hacia la Oleza de Gabriel Miró o hacia las *orilluelas del río*, como en *El libro de la caza* le llamó a Orihuela don Juan Manuel.

No pudo ser pastor Miguel Hernández nunca más. En la prisión volvió a ser únicamente el rabadán de sus versos, el mayoral de sí mismo, del bravo animal de fondo, que él, como todos los españoles, solemos llevar dentro.

Por eso, en su entierro y luego de ser dibujado por Ricardo Fuentes, otro recluso, la banda de música de la cárcel alicantina interpretó la *Marcha fúnebre* de Chopin y la bandera roja y gualda ondeó aquel día a media asta, notable caso de excepción que nunca se había registrado en los fríos anales de los presidios.

ANTONIO OLIVER BELMÁS

29-5-67

Madrid

III

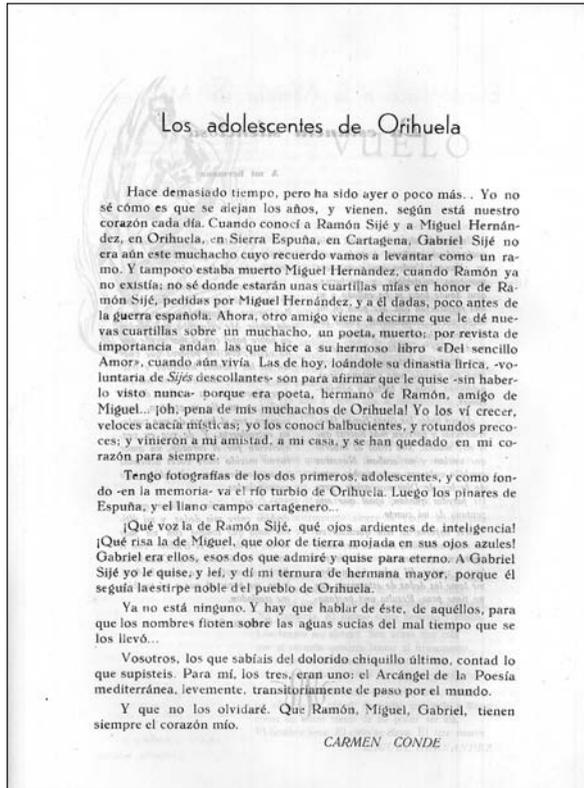
TEXTOS OLVIDADOS DE CARMEN CONDE SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ

1

Los adolescentes de Orihuela

Hace demasiado tiempo, pero ha sido ayer o poco más... Yo no sé cómo es que se alejan los años, y vienen, según está nuestro corazón cada día. Cuando conocí a Ramón Sijé y a Miguel Hernández, en Orihuela, en Sierra Espuña, en Cartagena, Gabriel Sijé no era aún este muchacho cuyo recuerdo vamos a levantar como un ramo. Y tampoco estaba muerto Miguel Hernández, cuando Ramón ya no existía; no sé donde estarán unas cuartillas más en honor de Ramón Sijé, pedidas por Miguel Hernández, y a él dadas, poco antes de la guerra española. Ahora, otro amigo viene a decirme que le dé nuevas cuartillas sobre un muchacho, un poeta, muerto; por revista de importancia andan las que hice a su hermoso libro «Del sencillo Amor», cuando aún vivía. Las de hoy, loándole su dinastía lírica, –voluntaria de *Sijés* descollantes– son para afirmar que le quise –sin haberlo visto nunca– porque era poeta, hermano de Ramón, amigo de Miguel... ¡oh, pena de mis muchachos de Orihuela! Yo los vi crecer, veloces acacia místicas; yo los conocí balbucientes, y rotundos precoces; y vinieron a mi amistad, a mi casa, y se han quedado en mi corazón para siempre.

Tengo fotografías de los dos primeros, adolescentes, y como fondo –en la memoria– va el río turbio de Orihuela. Luego los pinares de Espuña, y el llano campo cartagenero...



Carmen Conde: «Los adolescentes de Orihuela» (1946).

¡Qué voz la de Ramón Sijé, qué ojos ardientes de inteligencia! ¡Qué risa la de Miguel, qué olor de tierra mojada en sus ojos azules! Gabriel era ellos, esos dos que admiré y quise para eterno. A Gabriel Sijé yo le quise, y leí, y di mi ternura de hermana mayor, porque él seguía la estirpe noble del pueblo de Orihuela.

Ya no está ninguno. Y hay que hablar de éste, de aquéllos, para que los nombres floten sobre las aguas sucias del mal tiempo que se los llevó...

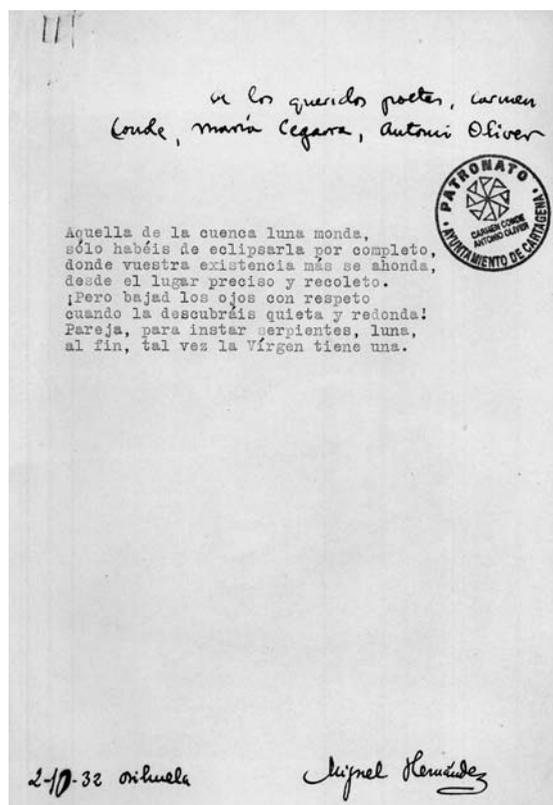
Vosotros, los que sabíais del dolorido chiquillo último, contad lo que supisteis. Para mí, los tres, eran uno: el Arcángel de la Poesía mediterránea, levemente, transitoriamente de paso por el mundo.

Y que no los olvidaré. Que Ramón, Miguel, Gabriel, tienen siempre el corazón mío.

CARMEN CONDE

Los poetas no mueren: Miguel Hernández

Hace muchos años, casi en mi adolescencia, conocí al jovencísimo Miguel Hernández, en Orihuela, su tierra: La *Oleza* de Gabriel Miró. Aparte de las cartas que él nos escribía a mi marido y a mí, a Cartagena (nuestra triste ciudad natal), le vimos «físicamente» en un homenaje que los muchachos de Orihuela organizaron a Gabriel Miró, con descubrimiento de un busto y todo con la asistencia de las autoridades de la República y con discurso (no muy ortodoxo) del escritor y ahora embajador Ernesto Giménez Caballero. Como lo que este genial hombre dijo en aquella tarde y en aquella placita del homenaje citado resultó extemporáneo para algunos de los que escuchaban, al protestar éstos –justificadamente, hay que reconocerlo– se produjo un incidente con intervención de autoridades y demás. Aclaradas las cosas, y divertido el propio Giménez Caballero (al que nunca se le podrá olvidar su magnífica, su espléndida



Una de las octavas de *Perito en lunas*, regaladas por Miguel Hernández a Carmen Conde y Antonio Oliver (1932).

Gaceta Literaria de aquellos tiempos), fuimos a reposar a lo que se llama Casino de Orihuela, y que lo es. Allí nos acompañó el muchacho Miguel Hernández que estaba escribiendo su primer libro, *Perito en lunas*, muchos de cuyos originales nos regaló. Nos asomamos a uno de los balcones del casino (estaba conmigo una muchacha entonces muy prometedora en literatura, hermana de un genial escritor muerto ya, María Cegarra Salcedo) que daban sobre el río, sobre el limoso y lentísimo río de Orihuela. Miguel habló y habló, cosas las que dijo estupendas: acababa de dejar las cabras y estudiaba a los clásicos, y escribía y dentro de poco le publicaría su libro primero una editorial que regía el gran Raimundo de los Reyes (actualmente redactor jefe del diario católico madrileño *Ya*), poemas asombrosamente buenos y perfectos. Fue una tarde y una charla aquella viendo resbalar el Segura, que no olvidaré.

Después de *Perito en lunas* Miguel se vino a Madrid. José Bergamín y su revista *Cruz y Raya* le acogieron generosamente. Se hizo amigo de un joven inquietísimo, audaz, inteligente, mordaz pero justo en sus juicios que se llamaba Enrique Azcoaga. Trabajó con José María de Cossío –hoy académico– en Espasa Calpe en una monumental obra sobre toros y toreros. Para entonces ya estábamos también nosotros en Madrid, luchando con las circunstancias ya que, por ser súbditos de «la tierra de nadie» jamás anduvimos por terrenos firmes y acaudalados. Antes, llevamos a Miguel a Cartagena, a una Universidad Popular que habíamos fundado y sosteníamos a nuestras expensas y cuya única finalidad –única– era propagar la cultura entre los que más la necesitaban, sin usar como trampolín para nada nuestro trabajo desinteresado y generoso. (Naturalmente que esto no lo entendió jamás nadie, pero es lógico). Miguel leyó versos, dio conferencias, caminó con nosotros por los campos y las playas de la provincia, fue nuestro huésped y nuestro orgullo. Iba, recto, hacia la gloria que tiene ya.

Otros libros, un auto sacramental entre ellos, salieron de su pluma. A Miguel le conocían ya y le estimaban Pablo Neruda, Vicente Aleixandre, etc. Él, sencillo y noble, se movía con la máxima modestia y pobreza. A nuestra mesa, como a la de otros compañeros, acudía con frecuencia y alegría para todos. Y poco después, llegó la guerra... La guerra española irrestañable.

En la guerra Miguel hizo lo que tantos que pensaban, sentían como él y que, además, estaban forzosamente en zona roja. No voy a explicarlo, pues lo saben todos ya. Cuando terminó la guerra, huyó, se escondió, regresó a la querencia de su tierra, Orihuela, donde tenía su mujer e hijo, y allí... Dios perdone a Orihuela. De la cárcel, por muchas gestiones que se hicieron –y fueron las más ansiosas las de muchos prohombres del partido triunfante, sépase– no volvió a salir. Es decir, salió muerto para que lo enterraran, precisamente, muy cerca de donde estaba enterrado el otro joven cruelmente sacrificado: José Antonio Primo de Rivera. Vecinos de sepultura, y jóvenes los dos, cada uno en su mundo, tuvieron la misma tierra para morir y ser cubiertos por ella.

La obra que dejó escrita Miguel no es una obra madura; hubiera sido de insuperable talla de haber vivido él; pero es una obra absolutamente cierta, hermosísima,

entrañable, que se hunde en el corazón de sus lectores y lo aprisiona. Muchos han escrito ya sobre ella; muchos que no le conocieron y que: o han tratado la figura desde un punto de vista de la enemistad al régimen bajo el cual murió desgraciadamente, o le han exaltado contra este mismo régimen. Desapasionadamente aún no se ha escrito sobre Miguel. Lo sé. Ni siquiera yo podría hacerlo, porque yo le conocí, le quise, le admiré y era su amiga. Véanse los libros de Juan Guerrero Zamora (gran jerarca ahora de Radio Nacional, buen escritor y arbitrario e incongruente hombre); de Concha Zardoya, formidable erudita y profesora desde hace doce años en USA, escritora concienzuda y de singular porte. Y, esto me parece mejor si cabe: véase el prólogo que a sus obras completas –y a su antología en Losada– ha puesto *María de Gracia Ifach*. María de Gracia Ifach conoció a Miguel en plena guerra, en Valencia, y aunque no lo tratara tanto como yo, por ejemplo, le conoció lo bastante y le admiró para haber hecho algo que nadie hizo por él: recoger a su hijo durante una larga temporada en su casa de Valencia, después de la guerra, y estudiar a fondo la obra del padre. Recomiendo las obras completas de Losada, Buenos Aires, para saber algo más y mejor del inmortal Miguel Hernández.

Aquí van, para el curioso lector, unas fotos inéditas aún. Las hice yo, o las hicieron para mí, con él. En unas está en Cabo de Palos, con un grupo de jóvenes de nuestra querida y perseguida Universidad Popular; en otra, está con mi marido y conmigo en un molino de velas (el del tío Poli) que había frente a nuestra casa de Los Dolores, Cartagena. En otra, ¡ay!, está dibujado por un compañero de la cárcel, cerca ya de su muerte. El dibujo que se le hizo en la cárcel, muerto, no me atrevo ni a mirarlo. Me duele.

Miguel Hernández no fue el que persiguió la mala suerte y el torpe rencor de unos paisanos suyos. Ni es el que exaltan otros que pretenden desfigurar las cosas para inútiles revanchas. Miguel era un chiquillo, y de sus cartas a Josefina, su mujer, se pueden obtener datos que le retratan como lo que es todo poeta: rebelde, independiente, indomable, suyo, y, sin partido. Un carnet, una actuación en guerra no debe constar para fijar una figura en el futuro. Hombre del pueblo reaccionó como cualquier hombre del pueblo, pero él era poeta. Y un poeta no es nunca un carnet ni un número ¿Por qué lo olvidarán los hombres que no son poetas?

Amigo mío querido, víctima de la fatalidad, que te conozcan de otra manera –la más aproximada a la verdad– estoy deseando yo, la que vivió y vive en la tierra de nadie. ¡Tu obra es hermosa, y merece admiración y estima de los mejores! Tu pobre criatura herida es una simiente más que el calor de amor de los que te recordamos alimenta para que florezca como dios promete a los que estuvieron cerca de él.

Carmen CONDE

(Especial para EL DÍA)
Madrid, 1956.



Excursionistas de la Universidad Popular de Cartagena. Tercero por la derecha, Miguel Hernández, entre Carmen Vidal y Ginés Huertas. Sentado delante, Manolo Durán. (Cabo de Palos, agosto de 1935).



Miguel Hernández, Carmen Conde y Antonio Oliver ante el molino del tío Poli, en Los Dolores, Cartagena. (1935).

Habla la viuda de Miguel Hernández

No somos los españoles aficionados a escribir simple y honradamente nuestras biografías o nuestras memorias. Exceso de pudor o de miedo ante la opinión ajena privan a la historia literaria de aportaciones del mayor interés sin duda. A diferencia de escritoras y escritores de otros países, la vida íntima de las españolas se recata, con detrimento del importante documento humano que podrían ofrecer. Si alguna de ellas se atreve a decir algo propio, lo enmascara con difusa literatura. Saltándose todos los prejuicios, una mujer del pueblo, ajena hasta hoy a exposiciones escritas de sus sentimientos y vivencias, adviene al grupo de las calladas, contándonos en voz alta y sencilla, densa de dramatismo, su vida y su dolor con y por uno de los hombres más puros, de los poetas más grandes de nuestra España contemporánea. Me refiero a Josefina Manresa, viuda de Miguel Hernández. La lectura de su obra ²⁷ denuncia una palpitación ronca de sollozos reprimidos. Ni por una sola vez destaca la mujer si no es en función de aquel a quien evoca. Cuenta –y sus referencias nos hacen recordar las de Doña Francisca Sánchez de Rubén Darío, por lo que atañe a los depredadores del archivo de los poetas– lo fundamental de su dignísima existencia: su encuentro y su amor por el poeta Miguel Hernández, que murió en la cárcel de Alicante el 28 de marzo de 1942.

Una juventud marcada por doble destino de muerte, la de su padre a manos de irresponsables, y la de su marido, en la posguerra. Flanqueada su vida por dos hombres que el odio, disfrazándose de cualquiera cosa, eliminó de un modo u otro, Josefina Manresa cuenta serenamente cómo y por qué ella es huérfana y viuda a causa de nuestra tristísima guerra civil y sus consecuencias.

Amor, entrega total al marido y al hijo de ambos; dolor, hambre, humillaciones en lo más delicado de su ser; decepciones compartidas con el que nunca perdió las ilusiones y la esperanza de salir vivo de las cárceles que se sucedían en su *turismo* ²⁸ involuntario. Todo lo va relatando Josefina Manresa porque quiere dejar claras muchas cosas que quedaban confusas a causa de mala interpretación o ligera afirmación. Y la denuncia escueta de quienes no ayudaron a Miguel en su doliente estado, y la de los que se aprovecharon ruinmente de la confianza que Josefina Manresa puso en sus manos: retratos, originales, cartas que nunca recuperó... Y no hablemos de ciertas ediciones piratas a raíz de la muerte del poeta. En distinta circunstancia la amada de Rubén Darío, la castellana de Navalsauz, experimentó

²⁷ *Recuerdos la viuda de Miguel Hernández*, Ediciones de La Torre, Nuestro Mundo, Madrid, mayo 1980.

²⁸ Así llamó Miguel en cierta ocasión a sus desplazamientos consecutivos de penales a cárceles.

semejantes sustracciones por parte de ciertos desaprensivos que lograron el acceso a su archivo rubeniano, despojándolo de documentos valiosos.²⁹

Leyendo a Josefina Manresa no puedo por menos que identificar alguna de sus quejas con las de Doña Francisca Sánchez en cuanto a lo que a apropiación indebida de originales y cartas de su archivo se refiere.

Este libro, *Recuerdos la viuda de Miguel Hernández*, era necesario; completa la biografía del poeta y detalla vivencias conocidas solo por ellos. No pretende *hacer literatura*: habla con propiedad y al margen de pretensiones literarias; sin embargo encuentran sus palabras sencillas un eco profundo en el corazón de sus lectores.

Acertada decisión la de Josefina Manresa, aportando al conocimiento de su marido, como hombre dueño de poderosa y noble arquitectura poética y humana, una serie de curiosos detalles que demuestran, a la vez, la calidad de la elegida para el amor y la maternidad. Las cartas desde su última cárcel, por ejemplo, nos ofrecen la categoría espiritual de un Miguel Hernández que ya está en su inmortalidad bien merecida.

Eludiendo los brevísimos comentarios que la autora cree oportuno hacer para que determinados personajes o acciones aparezcan en su dimensión justa, el libro posee un cálido interés, muestra la hermosa entrega propia de la mujer que Miguel Hernández supo querer para esposa y madre de sus hijos. El río de la desventura no logró apagar los recuerdos del poeta en la vida voluntariamente apartada, recatada, de la viuda que mantiene su llanto por la desaparición del hombre, y el orgullo de su esclarecida obra poética que, con su colaboración apasionada, fue extendiéndose por todo el mundo de la literatura, ganándose la admiración y la adhesión de los lectores.

Muchos nombres para los que guarda su gratitud Josefina, concurren a las páginas de su libro; muchas fotos significativas las ilustran también. A mí, que gusto de la verdad y la valentía de mantenerla, este libro me ha conmovido profundamente. Si en algo pudiere herir, quizá, a alguien piénsese en la llaneza de la autora, en su obsesivo afán por fijar la auténtica imagen de su poeta y marido, que merece respeto y estimación.

Recuerdos la viuda de Miguel Hernández es un valioso documento humano y social. Habla de amor, de duelos, de hambre, de dolor, y no falla en ningún instante en decir lo que quería. Bienvenido sea este primer libro de nuestro tiempo, escrito por una mujer, si no literata, que escribe con grandeza de espíritu en cuanto a su

²⁹ Felizmente todo cuanto consiguió retener Doña Francisca fue rescatado por el poeta y profesor Antonio Oliver Belmás para la fundación del Archivo-Seminario Rubén Darío, últimamente trasladado a la Facultad de Filosofía y Letras, Edificio A, de la Universidad Complutense de Madrid.

único amor se refiere. Con respeto se la lee por su sobriedad en el relato de tanta desgracia como la persiguió tan inmerecidamente.

Carmen Conde
Mayo 1980

4

Querido y ausente Miguel

Querido y ausente Miguel:

Todo el mundo te conoce y te quiere como mereces por poeta y hombre bueno. Tú sabías que otro poeta y yo misma te queríamos y admirábamos fraternalmente. Te hemos cantado en el mismo lenguaje que tú usabas para contar lo que sentíamos. Antonio ya te habrá encontrado y yo espero unirme a los dos. Porque nos queríamos en nuestra gozosa juventud y nos lloramos después.

Son muy pocas palabras éstas para que tu nombre y tu obra sean elogiados por los tuyos, que tienen la obligación de reconocerte, y por los que no te olvidamos porque somos amigos.

Hasta pronto. Nos volveremos a dar aquel abrazo tan fuerte.

Carmen Conde
Madrid, Septiembre, 1987.